

Fuego nuevo

Paradigmas de repuesto para el fin de un ciclo histórico

*Armando Bartra**

RESUMEN

Partiendo de que las tensiones que durante los últimos años se han presentado en los ámbitos ambiental, social y económico conforman una sistémica crisis de crisis que anuncia un fin de época, se ubican sus causas en la llamada contradicción externa del capitalismo proveniente de tratar al hombre, la naturaleza y el dinero como mercancías ficticias. Con base en esta hipótesis se analiza la crisis alimentaria cuyo origen está en el agotamiento del modelo de agricultura industrial en su modalidad de Revolución Verde, lo que plantea el dilema de asumir la alimentación como derecho o seguir tratando a la comida como mercancía. También se analizan las migraciones recientes originadas en la periferia como testimonio de la insostenibilidad sociodemográfica del sistema, manifiesta en pérdida del llamado bono demográfico y desmantelamiento de la solidaridad transgeneracional de las sociedades agrarias, sin sustituirla por sistemas modernos de seguridad social. Como opción civilizatoria, más que otra utopía, se proponen paradigmas alternos inspirados en sociedades tradicionales contemporáneas como el mundo campesino, que no se alienaron a la Historia, no fetichizaron el Futuro y nunca asumieron del todo los mitos del Progreso y la Modernidad, lo que les permitió preservar, hasta cierto punto, la solidaridad social, y la armonía con la naturaleza.

PALABRAS CLAVE: crisis sistémica, mercancías ficticias, agricultura industrial, derecho a la alimentación, migración, sociedades tradicionales, bono demográfico, solidaridad transgeneracional, alienación, fetichización, modernidad, progreso, abundancia, escasez.

ABSTRACT

To start from the fact the straits that have been coming up during the last years within the environmental, social and economical fields conform a systemic crisis that announces the end of a period; we can locate its causes in the so called external contradiction of capitalism arising from treating the man, nature and money as

* Profesor-investigador del Departamento de Relaciones Sociales, UAM-Xochimilco.

fake merchandises. Based on this hypothesis, we analyze the food crisis which origin is in the exhaustion of the agricultural's model in its modality of Green, which sets out the dilemma of assuming feeding as a right or keeping on trying food as a merchandise. We also analyze the recent migrations originated in the periphery as a testimony of the sociodemographic unsustainability of the system; it is manifested in a loss of the so called demographic bond and the dismantling of the transgenerational solidarity of the agrarian society without replacing it for modern systems in the social security. As a civilizing option rather than any other utopia, alternate paradigms inspired on traditional contemporary societies are proponed, as the rural World because they didn't alienated to the History, they didn't glorified the future and never assumed at all the Progress and Modernity myths, what allowed them to preserve, into a certain extent, the social solidarity and the harmony with nature.

KEY WORDS: systemic crisis, fake merchandises, industrial agriculture, food right, traditional society's migration, demographic bond, transgenerational solidarity, alienation, glorification, modernity, progress, abundance, scarcity.

Venid acá, oh naciones, y escuchad: pueblos estad atentos: oigan el orbe todo y cuanto en él vive... (Isaías, 24-1). Contaminada está la tierra por sus habitantes... (Isaías, 24-5). Por eso la maldición devorará la tierra... (Isaías, 24-6). Enteramente arruinada quedará la tierra y totalmente devastada... (Isaías 4-3). Los hielos cederán y crecerán las aguas. Arderán los bosques y saldrán los ríos de sus cauces.¹ Perecerán en sus guaridas el lobo gris y la vaquita marina, el águila real y el lince ibérico, el rinoceronte blanco y el rinoceronte negro. Se extinguirán irremediamente el leopardo de las nieves, el oso polar y la pantera nebulosa. Para siempre se irán el tigre y el camaleón y el chimpancé y la foca y la perdz y el samarugo.² Se agotarán los oscuros veneros del diablo que alimentaban vuestra prisa.³ Los ríos y manantiales se secarán y los

¹ Informe del Grupo Intergubernamental sobre Cambio Climático (IPCC, por sus siglas en inglés) del Programa de las Naciones Unidas para el Medio Ambiente (PNUMA) y la Organización Meteorológica Mundial (OMM), enero de 2007.

² World Wilde Fund (WWF) o Convención sobre el Comercio Internacional de Fauna y Flora Silvestres en Peligro de Extinción.

³ *World Energy Outlook*, Agencia Internacional de Energía (IEA), 2006.

hombres y las bestias saciarán su sed en aguas turbias, amargas, acedas, sulfurosas... Hambrientos, sedientos y escarnecidos desfallecerán los pueblos.⁴ Crecerá el éxodo doliente de quienes perdieron toda esperanza.⁵ Escuchad la voz de los profetas, oíd la palabra de los videntes: pronosticó Immanuel: habrá desorden, habrá decadencia, habrá dispersión de lo que estaba unido;⁶ anunció Amin: no tránsito armonioso sino desintegración, es lo que nos depara el futuro;⁷ predijo Prigogine veremos caos, incertidumbre, fluctuación, desequilibrio: vienen tiempos turbios y entreverados.⁸ Hemos perdido la tierra, hermanos. Será nuestra herencia una red de agujeros.⁹

El mito del progreso: el devenir concebido como ineluctable marcha hacia un orden de abundancia total y certeza plena en ancas del desarrollo científico-tecnológico, y su complemento –negación del pasado y fetichización del futuro–, son axiomas mayores impresos a fuego en el imaginario colectivo del capitalismo; paradigmas que en la presente circunstancia operan como peligrosas inercias intelectuales que oscurecen los punzantes signos de que vivimos un fin de época.

En tiempos borrascosos, los pueblos premodernos sabían leer las señales de que era inminente el recambio de un transcurrir humano que imaginaban cíclico; en cambio, a nosotros la proverbial flecha de un tiempo presuntamente lineal y abierto nos dificulta admitir la evidencia de que los síntomas ominosos devinieron síndrome, de que en el horizonte se va perfilando una tormenta perfecta: una crisis civilizatoria inédita por su múltiples dimensiones y su radical globalidad.

⁴ *World Development Report*, Banco Mundial, 2008.

⁵ *Evaluación internacional de las ciencias y tecnologías agrícolas*, Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura (UNESCO).

⁶ Immanuel Wallerstein, *Impensar las ciencias sociales*, Siglo XXI Editores, México, 1998.

⁷ Samir Amin, *Más allá del capitalismo senil. Por un siglo XXI no norteamericano*, Siglo XXI Editores, Argentina, 2003.

⁸ Ilya Prigogine e Isabelle Stengers, *La nueva alianza. Metamorfosis de la ciencia*, Alianza Editorial, España, 1983.

⁹ Miguel León-Portilla (comp.), *Visión de los vencidos. Relaciones indígenas de la conquista*, Universidad Nacional Autónoma de México, 1987.

La espera de un *meshiah* libertario, en el sionismo mesiánico; de la Parusía o segundo advenimiento del *Cristos*, en el cristianismo milenarista; y del toque de trompeta de Israfil en el islamismo; pero también la cercanía del triunfo definitivo de Oromuz sobre Arriman, en el *Zend-Avesta* persa; el crepúsculo y renacimiento de los dioses, en las mitologías germánicas; la creación y destrucción periódica de los Soles y de los hombres, en el pensamiento mesoamericano, remiten a la transcultural creencia de que la muerte engendra vida y de que todo tiene fin y principio. Convicción que nace de la índole perecedera de los individuos humanos en tanto que seres biológicos.¹⁰

En la sociedad moderna el milenarismo reaparece con las utopías socialistas y comunistas decimonónicas, que en la versión marxista plantean que

[...] el fin de la alienación y de la explotación supone una ruptura cataclísmica [...] la revolución [que] inaugura el reino de la justicia, que será al mismo tiempo el reino de la igualdad [...] El instrumento mesiánico¹¹ es el proletariado [y en] la concepción leninista, es el partido quien asume el papel mesiánico.

Sin embargo, durante el siglo pasado la escatología revolucionaria va dejando paso a un socialismo prometeico que, al postular a la técnica como demiurgo de la utopía, se asimila al progresismo capitalista y cómo éste sustituye la pausada construcción de la historia –con un ojo al frente y otro al retrovisor– por las simples carreras, por el apuro existencial, por la prisa.

Vivimos tiempos fractales y la cajonera de disciplinas e ideologías con que organizamos nuestros saberes y nuestros haceres durante los últimos 250 años, comienza a resultar un estorbo. Requerimos un pensamiento transdisciplinario, holista capaz de lidiar con el caos, la incertidumbre y los sistemas complejos de desarrollo no

¹⁰ Armando Bartra, *El hombre de hierro. Límites sociales y naturales del capital*, Itaca, UAM/UACM, México, 2008, p. 167.

¹¹ Jean Pierre Sironneau, “El retorno del mito y lo imaginario sociopolítico”, en revista *Casa del Tiempo*, UAM, número extraordinario 63, 64, 65, abril-junio, 1986, México, p. 38.

lineal. Y posiblemente también necesitamos una remitologización de la política,¹² un nuevo utopismo aurático¹³ capaz de suscitar intuiciones totalizadoras,¹⁴ como las del pensamiento salvaje¹⁵ de los pueblos premodernos.

EL “MOLINO SATÁNICO”

En menos que canta un lustro una serie de problemas que tenían meses, años o décadas de silenciosa acumulación estallaron como estentóreos y simultáneos escándalos planetarios: calentamiento global, progresivo agotamiento del petróleo, encarecimiento de los alimentos, éxodos socioeconómicos y políticos crecientes abonados ahora por los efectos del cambio climático, debacle financiera que arranca en el ámbito hipotecario y se extiende luego a la “economía real” y, finalmente, barre con el patrimonio y las esperanzas de las personas.

La coincidencia no es accidental. No se trata de la simple concurrencia en el tiempo de cinco crisis diferentes, ni siquiera de que al desarrollarse juntas incidan unas sobre otras y se retroalimenten. Estamos ante una fractura mayor, un desorden generalizado del sistema mundo, un desajuste multidimensional en sus expresiones pero unitario en cuanto a su origen. Nos enfrentamos a una crisis, quizá no terminal pero sí civilizatoria, pues lo que está en juego es un orden histórico de larga duración y alcance planetario.

Los cinco flagelos –desorden climático, petróleo caro, hambruna, éxodo y depresión económica– remiten a una tensión insoslayable del modo capitalista de producir. Fractura profunda, ontológica, que el antropólogo, historiador y economista Karl Polanyi señaló en *La gran transformación*;¹⁶ libro iluminador quizá porque fue escrito en

¹² *Ibid.*, p. 42.

¹³ Walter Benjamin, *La obra de arte en la época de su reproductibilidad técnica*, Itaca, México, 2003, p. 47.

¹⁴ Armando Bartra, *ibid.*, pp. 166-168.

¹⁵ Claude Lévi-Strauss, *El pensamiento salvaje*, Fondo de Cultura Económica, México, 1972, pp. 41-43.

¹⁶ Karl Polanyi, *La gran transformación*, Juan Pablos, México, 2004.

tiempos de cuestionamiento e incertidumbre como los nuestros: la década de 1940, cuando el mundo apenas se recuperaba de la “gran depresión”, cundía el revisionismo económico, se anunciaban en varios países nuevos pactos sociales sustentados en las dos grandes variantes del Estado gestor, la liberal y la socialista, y estallaba, ominosa, la Segunda Guerra Mundial.

El análisis crítico de Polanyi se enfoca hacia las contradicciones que se generan en el capitalismo cuando a tres factores de la producción, que no son intrínsecamente mercancías, se les trata como si fueran tales. Estos factores son el hombre, la naturaleza y el dinero, condiciones imprescindibles para el sistema y a las que el mercantilismo absoluto siempre puso precio, pero que a diferencia de otros bienes, no provienen de procesos capitalistas de producción. Nos encontramos, por tanto, ante falsas mercancías, ante “mercancías ficticias”.

Permítaseme citar en extenso al autor de *La gran transformación*:

El punto crucial es éste: el trabajo, la tierra y el dinero son elementos esenciales de la industria; también deben ser organizados en mercados; es más, esos mercados forman una parte absolutamente vital del sistema económico. Pero [...] el postulado de que todo lo que es comprado y vendido debe haber sido producido para la venta es absolutamente falso respecto a ellos [...] El trabajo es solamente otro nombre de una actividad humana que marcha con la propia vida [...] y no puede [...] ser separada del resto de la vida, almacenada o movilizada; la tierra es sólo otro nombre de la naturaleza, que no es producida por el hombre; el dinero, finalmente, es simplemente un símbolo del poder adquisitivo que, por regla general, no es producido en forma alguna sino que nace por medio del mecanismo de la banca o la finanza del Estado [...] Permitir que el mecanismo del mercado sea el único director de la suerte de los seres humanos, de su medio natural y aun del monto y uso del poder adquisitivo, terminaría en la demolición de la sociedad [...] Despojados de la capa protectora de las instituciones culturales, los seres humanos perecerían bajo los efectos de la intemperie social [...] La naturaleza quedaría reducida a sus elementos, vecindades y paisajes serían manchados, los ríos emponzoñados [...] el poder de producir alimentos y materias primas destruido. Finalmente, la administración del mercado del poder adquisitivo liquidaría periódicamente la iniciativa comercial, ya que las faltas y excesos de dinero resultarían tan desastrosos para los negocios como las inundaciones y sequías para la sociedad primitiva

[...] Pero ninguna sociedad podría soportar los efectos de tal sistema de ficciones crudas [...] a menos que su sustancia humana y natural, así como su organización comercial fueran protegidas contra los estragos de ese molino satánico.¹⁷

La cuestión está en que el capitalismo es un absolutismo librecambista, una economía cuya nuez es el mercado autorregulado, y no le queda más que operar mercantilmente las esferas social, natural y financiera del sistema. Y al poner precio y lucrar con mercancías ficticias, el orden codicioso por antonomasia distorsiona sus propios mecanismos económicos internos, en el caso del dinero; deteriora y desarticula los patrones de reproducción social, en el caso del hombre; y violenta el metabolismo medioambiente-sociedad, en el caso de la naturaleza.

A raíz de las emergencias sociales y ambientales, mucho se ha dicho de los males que ocasiona mercantilizar al hombre y a la naturaleza. Pero hoy, que sufrimos grandes vendavales financieros, habrá que hablar también del daño provocado por tratar al dinero como mercancía.

Intentaré hacerlo sin demasiada sofisticación econométrica. En el sistema de mercado la consigna es vender. Pero cuando lo que se vende es dinero, cuyo precio se expresa en la tasa de interés, las cosas se complican, pues a diferencia de las mercancías reales el dinero es una mercancía ficticia y en sentido estricto no contiene valor, por lo cual su precio tiene comportamientos perversos. Veamos. En los años de optimismo financiero, el crédito era fácil y las tasas bajas, pues se disponía de dinero en abundancia. Y habiendo liquidez de sobra, la economía crecía a base de endeudamiento; de endeudamiento excesivo. En particular se extralimitó el crédito al consumo, en el que se incluyó destacadamente la construcción de vivienda. En ese tiempo, las grandes empresas financieras que trafican con dinero estaban de plácemes, pues las ganancias eran grandes y aumentaban día con día. La única condición era que el movimiento crediticio también fuera cada día mayor; pues bien vista, la mecánica de los negocios financieros "normales" no es muy diferente de la permanente huida hacia delante en que consisten

¹⁷ *Ibid.*, pp. 112-113.

las conocidas pirámides, entre ellas la estafa de Ponzi del ahora famoso Berni Madoff. Pero sucede que con tal de colocar más y más dinero, llega un momento en que se apalanca a personas de escasa solvencia que representan riesgo de mora, y cuanto mayor es el riesgo mayores deben ser las tasas de interés y cuanto más elevadas son las tasas, mayor es el riesgo de que el deudor caiga en mora y así sucesivamente. Y es que, con tal de colocar dinero, las financieras obligan al cliente a rebasar su real capacidad de consumo solvente. Lo que vale para la venta de casas con hipoteca a quienes en realidad no pueden pagarlas y para el laxo otorgamiento de "dinero de plástico" que incrementa insosteniblemente la compulsión consumista de sus usuarios. Habitualmente las cosas siguen en ese tenor hasta que, empujados por la mora creciente, los intereses por los inmuebles y por las tarjetas de crédito suben a niveles inalcanzables. Entonces nadie paga y se derrumba el mercado, arrastrando en su caída a los que echaron a andar el "molino satánico", pero también, y sobre todo, a los incautos que especularon con deuda chatarra, pues el verdadero mundo de las finanzas es el de la economía virtual, ajeno por completo a la producción y el intercambio de bienes materiales. El problema es que la debacle financiera se trasmite a la llamada "economía real" y ésta se traslada a la vida de la gente que, debido a que unos cuantos ambiciosos especularon vendiendo dinero, de un día para otro pierde la tranquilidad y el patrimonio.

Librado a sí mismo, el capital sería incapaz de manejar sus íntimos demonios y se autodestruiría llevándonos a nosotros entre las pezuñas. Sin embargo, desde sus orígenes la irracionalidad del gran dinero consistente en tratar como mercancía lo que en rigor no lo es, fue resistida por sus víctimas y posteriormente regulada en alguna medida por el Estado. Pero la contradicción no es circunstancial o periférica, sino medular e insoslayable, de modo que sigue actuando en las sombras desde la economía, aun si desde los ámbitos de la sociedad y la política se la trata de constreñir.

Sólo desmantelando al absolutismo mercantil, únicamente derrotando la dictadura de la economía del gran dinero sobre la naturaleza, la sociedad y el intercambio, se desvanecerá una ominosa

irracionalidad que es consustancial al sistema. Y es urgente hacerlo, porque todo hace pensar que, moderada a medias y mal contenida por algunas centurias, la perversidad intrínseca que contrapone al capitalismo consigo mismo, con el hombre y con la naturaleza, se está manifestando apocalípticamente en todas las esferas.

No hay que buscar mucho para descubrir que la crisis medioambiental generalizada y catastrófica es el saldo de una apropiación mercantil y lucrativa de los recursos naturales ciega a los requerimientos reproductivos de los ecosistemas.

No hace falta ir demasiado lejos para concluir que la crisis petrolera se origina en el paulatino agotamiento de los combustibles fósiles, asociado a un consumismo energético doblemente irracional, pues además de que su empleo es muy contaminante, la eficiencia energética del carbón, el petróleo y el gas, en los que se acumulan millones de años de trabajo biogeológico, es imposible de igualar por otros medios conocidos; con el agravante de que la sociedad industrial fue edificada sobre estos combustibles y a su imagen y semejanza.

Es palpable que la globalización de a pie, los incontenibles y crecientes movimientos migratorios, no son un flujo económico más por el que se autoajustan virtuosamente los mercados laborales, sino un drama social actual y futuro de grandes proporciones, pues los países expulsores, que al consentir o propiciar el éxodo dilapidan su bono demográfico y desarticulan las estrategias sociales basadas en la solidaridad intergeneracional, avanzan hacia catastróficas crisis de reproducción social en la medida en que se invierta la pirámide demográfica.

Finalmente, basta rascar un poco para darse cuenta de que el desbarajuste general de las finanzas no se agota en el problema de las hipotecas en el mercado inmobiliario estadounidense, sino que remite a la monstruosa expansión y gravoso predominio de la economía virtual sobre la economía material. Y es obvio también que la especulación, consustancial al capital financiero, agudiza extremadamente la crisis alimentaria y la energética al manipular en su beneficio la real –o aparente– escasez.

Crisis ambiental, energética, alimentaria, migratoria y financiera. Quinteto de *tsunamis* que anuncian, quizá no el fin del mundo, pero sí el agotamiento de un modelo civilizatorio. Y los cinco meteoros se

desataron a la par, de modo que la carestía universal de la comida se encona debido al cambio climático, al petróleo escaso y a la especulación bursátil, a la vez que deriva en una mayor compulsión al éxodo.

Los desastres planetarios que nos tienen con el alma en un hilo son de la índole de los que describió Polanyi: se originan en el entuerto originario del capitalismo, consistente en tratar como mercancía a lo que en rigor no lo es, violentando con ello la reproducción de la sociedad, la naturaleza y el propio mercado; resultan de lo que el ecologismo radical o “marxismo ecológico” (algunos de cuyos animadores abrevan en el pensamiento del autor de *La gran transformación*), han llamado “contradicciones externas” del modo de producción capitalista, para distinguirlas de las contradicciones internas en las que se explayó el autor de *El capital*.

James O’Connor, por ejemplo, se ocupa de la manera “en que las relaciones de producción del capitalismo [...] degradan o destruyen las condiciones de producción, incluido –y especialmente– el ambiente”,¹⁸ y define su enfoque de modo semejante a como lo hizo Polanyi:

El punto de partida del “marxismo ecológico” es la contradicción entre las relaciones de producción y las fuerzas productivas capitalistas, por un lado, y las condiciones de producción, por el otro. Ni la fuerza de trabajo humana ni la naturaleza externa ni las infraestructuras, incluyendo sus dimensiones espacio-temporales, se producen de manera capitalista, aunque el capital trata estas condiciones de producción como si fueran mercancías o capital mercantil.¹⁹

Cómo puede construirse una teoría del capitalismo que nos ayude a pensar claramente acerca de la destrucción del ambiente global [...] [es la pregunta mayor a la que trata de responder O’Connor] Una idea clave puede ser la teoría de la “segunda contradicción del capitalismo”. La bien conocida “primera contradicción” [...] se concentra en las contradicciones inherentes a la valorización del capital, por decirlo en términos simples, el valor de cambio. El valor de uso es importante [...] pero en el capitalismo [...] se subsume en el valor de cambio [...] y por lo

¹⁸ James O’Connor, *Causas naturales. Ensayos de marxismo ecológico*, Siglo XXI Editores, México, 2001, p. 24.

¹⁹ *Ibid.*, p. 200.

tanto desempeña un papel secundario en la teoría marxista tradicional. En cualquier versión de la segunda contradicción del capitalismo el valor de uso debe tener más o menos la misma importancia que el valor de cambio. La fuerza de trabajo se presenta al capital en formas naturales y culturales específicas. Lo que Marx llamó “elementos naturales del capital constante y variable” tienen una materialidad particular [...] Cuanto más nos acerquemos teóricamente al valor de uso, más cerca estaremos prácticamente de los lugares reales y de la gente viva y verdadera.²⁰

La contradicción externa del orden del mercantilismo absoluto con las condiciones no mercantiles de su reproducción –en verdad contradicción primera y no segunda– es una excelente atalaya para diagnosticar no sólo los males ambientales en sentido estricto sino también las graves dolencias energéticas, alimentarias, migratorias y financieras de un sistema siempre doliente y hoy gravemente enfermo.

No las abismales diferencias de clase que provoca sino su obsesión por la uniformidad, es el agravio [...] que le echo en cara al sistema [...] Y no es que la explotación y la pobreza sean poca cosa, sino que el emparejamiento del hombre y la naturaleza por obra de la libre concurrencia más desmecatada nos tiene al borde de la extinción como especie. Sin exculpar a las relaciones de propiedad y de producción, enfatizo [...] la responsabilidad del modo material de producir y de consumir, y también de una ciencia y una tecnología que, lejos de ser neutrales, desde fines del siglo XVIII interiorizaron la racionalidad capitalista.²¹

Con estos y otros conceptos, inicié hace poco un libro en el que me ocupó, no tanto de las perversiones propias de valor de cambio, como la violencia que el sistema aplica al valor de uso, de la social y ambientalmente insostenible erosión que la implacable codicia mercantil ejerce sobre el hombre y la naturaleza. Y, en particular, me adentro en los históricos empeños del capital por someter el campo a su lógica, tratando de hacer de la agricultura una industria. Batalla que hoy dramatiza la llamada crisis alimentaria.

²⁰ *Ibid.*, pp. 161-162.

²¹ Armando Bartra, *El hombre de hierro...*, *op. cit.*, p. 14.

HAMBRUNA²²

La debacle alimentaria que la crisis financiera opacó pero que sigue ahí, agazapada, remite al exhausto paradigma técnico-económico impuesto al sector agropecuario hace alrededor de medio siglo: el modelo al que en 1968 William Gaud –de la Agencia Internacional para el Desarrollo (AID)– llamó Revolución Verde.

Desde mediados del pasado siglo hubo un prolongado lapso de cotizaciones agropecuarias decrecientes y en las últimas tres décadas el precio de los alimentos disminuyó 75%, como resultado principalmente de la generalización de tecnologías intensivas que dieron lugar a una suerte de “agricultura industrial”, que al minimizar los efectos limitantes de las condiciones agroecológicas, presuntamente podía incrementar ilimitadamente la productividad. Al impetuoso avance del riego se agregó la mecanización, las semillas mejoradas, un más basto empleo de fertilizantes químicos, herbicidas inéditos y un amplio repertorio de pesticidas. Lo anterior, los subsidios y, en muchos casos, el saqueo impago de recursos naturales no renovables –como aguas fósiles–, transformaron a los países metropolitanos en granero del mundo, dejando a los periféricos como abastecedores de algunas materias primas agropecuarias e importadores netos de comida.

A los países orilleros nos vendieron la idea de que debíamos emprender una suerte de unilateral desarme alimentario. Para renunciar a la seguridad basada en autoproducción y en reservas estratégicas propias, los tecnócratas neoliberales argumentaban que los países de la gran franja equinoccial no tienen vocación cerealera y es mejor que importen granos baratos a que los produzcan caros. Y, más allá del *dumping* económico y ambiental que practican las metrópolis primermundistas, lo cierto es que sus altos rendimientos técnicos y abundantes cosechas permitieron mantener bajos los precios de los granos básicos, dándole una apariencia de validez a la decisión de asumir una creciente dependencia alimentaria.

En unos cuantos años el espejismo se esfumó. El índice de precios de alimentos de *The Economist* está en su punto más alto desde que

²² Una versión más extensa de este apartado en “Fin de fiesta. El fantasma del hambre recorre el mundo”, en revista *Argumentos. Estudios críticos de la sociedad*, nueva época, núm. 57, UAM-Xochimilco, México, 2008.

empezó a hacerse en 1845 y los inventarios de los cereales, como porcentaje de la producción, son los menores jamás registrados. Ciertamente, se trata de picos, pero aun cuando descienden como resultado de la expectativa de que se siga contrayendo la actividad económica, las cotizaciones siguen muy elevadas, sobre todo para quienes por efecto de la depresión perdieron su empleo. Y estas alzas provocan desplazamiento y encarecimiento de otros cultivos, y en tanto que se dan en insumos ganaderos ocasionan el encarecimiento de la carne, el huevo, los lácteos. Según el Banco Mundial, de fines de 2006 a principios de 2008 el precio de los alimentos en general se incrementó en casi 50%. Las malas cosechas influyen pero, más allá de fluctuaciones anuales, las causas de fondo son otras; de modo que el mediano y largo plazo son igualmente ominosos: según The Institute of Science in Society, con datos de International Food Policy Research Institute, de continuar las tendencias actuales el precio de los alimentos aumentará entre 20 y 33% para 2010 y entre 26 y 35% más para 2020.

La bonanza concluyó; los rendimientos de los granos básicos que a principios de la década de 1960 se incrementaban a un promedio de 10% anual, entre 1990 y 2007 disminuyeron a una media anual de 1%. Es cierto que pese al estancamiento de la productividad las cosechas siguen aumentando, pero crecen menos que la población, mientras que arrastrada por los requerimientos de la ganadería y los agrocombustibles, su demanda se incrementa a una tasa mayor que la demográfica. Así, por primera vez en casi 40 años, la humanidad consume más potenciales alimentos de los que cosecha, los inventarios de cereales y oleaginosas se reducen, las transnacionales especulan con el hambre y los precios de la comida se disparan. No sólo los granos, también frutas y legumbres frescas y alimentos procesados, pues el desmedido encarecimiento que tuvo el petróleo hasta que la recesión económica lo revirtió parcialmente, dio lugar a una elevación generalizada de los costos y con ella a un alza de precios que la menor cotización de los energéticos no ha hecho disminuir significativamente.²³

El síndrome agrícola del que forma parte la carestía de los alimentos, no es un acontecimiento aislado sino un fenómeno

²³ Economist Intelligence Unit, "No más alimentos baratos", *La Jornada*, México, 18 de diciembre de 2007.

vinculado a otros estrangulamientos. La crisis energética, por ejemplo, gravita decisivamente sobre la crisis agropecuaria; no sólo porque una de las opciones a los combustibles fósiles son los agrocombustibles, cuya expansión se da, en parte, sobre tierras antes destinadas a otros cultivos, sino también porque la agricultura siguió los mismos patrones que la industria y hoy depende en gran medida de la disponibilidad y bajo costo de los derivados del petróleo: las máquinas agrícolas, muchos sistemas de riego y toda la agroindustria son grandes consumidores de energía, la mayor parte de los fertilizantes proviene de la industria petroquímica y la globalización agropecuaria supone mover cosechas masivas a grandes distancias con enorme costo en combustibles. El agotamiento del modelo energético es también el agotamiento del paradigma de la “agricultura industrial”, que empezó a imponerse hace dos siglos. Pero influye igualmente en la carestía de los básicos la estampida financiera, manifiesta en mayor especulación en el mercado de materias primas, en particular petróleo y alimentos, producto de los descalabros recientes en otros mercados de capital, como el de bienes raíces. Es verdad que a fines de 2008, al agravarse la crisis económica, muchos especuladores buscaron seguridad, que no utilidades, en los Bonos del Tesoro de Estados Unidos, pero no por ello amainó la manipulación de los precios por parte del oligopolio agroalimentario. Influye, sin duda, la crisis ambiental, que se traduce en el cambio climático y tiene efectos desastrosos sobre las cosechas. Y también la crisis migratoria, evidenciada en el imparable éxodo. En particular afecta el trasvase de campesinos a las ciudades que reduce el número de productores de alimentos al tiempo que se incrementa el de consumidores netos.

Aunque hay quienes razonan como si el hambre fuera un problema estrictamente económico, el propio concepto *crisis alimentaria* remite inmediatamente a las dimensiones sociopolíticas de una situación que, a diferencia de la debacle financiera, por ejemplo, no tiene repercusiones sociales sino que es ante todo y de arranque un doloroso desgarramiento social. La insostenible idea de que el creciente número de personas con hambre es epifenómeno de ciertos desajustes en el mercado, documenta la irracionalidad implícita en tratar como mercancía lo que no lo es. De hecho, la fórmula “mercado de alimentos básicos” es un oxímoron moral, pues –como el resto de

los bienes indispensables para la vida del hombre– la comida no puede abandonarse a la lógica desalmada del comercio.

Cuando organismos multilaterales como la Organización para la Alimentación y la Agricultura (FAO), pero también el Banco Mundial (BM) y el Fondo Monetario Internacional (FMI), claman porque se vuelva a fomentar la pequeña y mediana producción agropecuaria, pareciera que por fin se impone en este tema la sensatez. Simple apariencia, pues más allá del discurso, lo cierto es que a la vera de la crisis agrícola comienza a desarrollarse una inédita concentración mundial de la superficie agrícola, de la que da constancia el informe de GRAIN titulado *¿Se adueñan de la tierra?*, y según el cual una serie de países con dependencia alimentaria pero financieramente poderosos, como China, India, Corea del Sur, Japón y Arabia Saudita, están comprando territorios vertiginosos en otros países. Así, a través de la compañía Daewo Logistics, Corea del Sur compró en Madagascar el derecho sobre 1.3 millones de hectáreas, para los próximos 99 años. En cuanto a las empresas privadas, el mismo informe señala que diversos inversionistas han adquirido insondables latifundios en Ucrania: 40 mil hectáreas, la estadounidense Morgan Stanley; 100 hectáreas la británica Landkom; 300 mil hectáreas, la rusa Renaissance Capital, entre otras.²⁴

El debate generado en torno a la carestía puede procesarse a la luz de dos posiciones contrapuestas: la que asumen los fundamentalistas del librecambio –para quienes los alimentos son esencialmente mercancías, de modo que las crisis comerciales que los aquejan pueden y deben ser resueltas a partir de la lógica del mercado– y la de quienes nos negamos a someter el acceso a la comida a la capacidad adquisitiva de las personas, pues vemos en ella un satisfactor básico al que todos tenemos derecho, derecho que no puede subordinarse al automatismo comercial. En el fondo, lo que está en cuestión es un modo de producir y consumir que trata como mercancía lo que no lo es, y encuentra la expresión más dramática de su irracionalidad en la agricultura y la alimentación, esferas donde lo que está directamente en juego es la reproducción de la naturaleza y la del hombre.

²⁴ Véase Gustavo Duch Guillot, “La konkista de la tierra”, *La Jornada*, México, 23 de noviembre de 2008.

ÉXODO

Si la carestía y el hambre dan fe de la inequidad social e insostenibilidad ambiental de un absolutismo mercantil empecinado en manejarnos a nosotros y a nuestro entorno como valores de cambio, los incontrolables flujos migratorios que corren mayormente de la periferia al centro, del campo a la ciudad, del sur al norte y de oriente a occidente ponen en evidencia la irracionalidad con que el sistema maneja los recursos humanos, la insostenibilidad sociodemográfica del capitalismo.²⁵

Así como hay quienes afirman que el hambre es cuestión de oferta y demanda, hay quienes sostienen que en las migraciones se expresa la autorregulación del mercado global de trabajo. El problema con estas posturas no es sólo la insensibilidad moral de los que ven al sufrimiento humano como daño colateral: costo menor asociado a la esencialmente virtuosa operación del mercado. La incongruencia está, también, en que además de ocasionar dolor aquí y ahora, el “molino satánico”, la desalmada operación del mercado de trabajo realmente existente, nos conduce a futuras debacles de origen poblacional, pues al trastocar los paradigmas de solidaridad entre generaciones, propias de las sociedades de economía moral expulsoras de migrantes, y no desarrollar formas institucionales de garantizar la sobrevivencia digna de los quedados que vayan rebasando la edad laboral, anuncia un futuro de penuria extrema. Si no rectificamos a tiempo el rumbo, así como heredaremos a los que vendrán una naturaleza estragada, les heredaremos también una demografía erosionada por el éxodo de jóvenes, una composición de edades insostenible cuando los países orilleros no han tomado provisiones para ello.

Me explico. La distribución por edades de la población de cualquier país va cambiando en función de las tasas de natalidad y mortalidad y de la migración. Las sociedades periféricas, por lo general, tiene la forma de una pirámide, pues ahí el porcentaje de nacimientos es mayor, y menor la esperanza de vida. Tasas que, sin

²⁵ Para un análisis de lo que representa para México la migración a Estados Unidos en tanto que pérdida del premio poblacional, véase Armando Bartra, “Cuando los hijos se van. Dilapidado el ‘bono demográfico’”, en Masiosare, suplemento de *La Jornada*, México, 4 de septiembre de 2005.

embargo, disminuyen y aumentan respectivamente, de modo que en algunos años también en estos países la proporción de niños y jóvenes será menor que la de adultos y ancianos y la pirámide poblacional se invertirá. Entre tanto, estas sociedades gozan de lo que se ha llamado un “bono demográfico”, pues por un tiempo el sector de los jóvenes en edad productiva aumenta más rápido que el de los niños y el de los viejos, de modo que la población económicamente pasiva es un porcentaje pequeño respecto de la activa.

Premio poblacional que se dilapida cuando los que están en edad productiva caen en el desempleo y el subempleo. Y también cuando tienen que migrar al extranjero, pues las remesas de dinero que por lo general envían, no compensan la potencial riqueza que por su ausencia laboral se dejó de crear en el propio país, además de que siendo las remesas parte del salario, es lógico que las familias receptoras las empleen principalmente en el consumo y no en la creación de patrimonio productivo.

Así, las economías que fracasan en la tarea de canalizar productivamente las capacidades humanas disponibles, no sólo lesionan y envilecen hoy a los desocupados y migrantes transnacionales forzosos, sino que sacrifican por anticipado a las futuras generaciones que habrán de sostener a un alto porcentaje de viejos, sin disponer para ello de los recursos que debieron haber acumulado las generaciones precedentes. Claro está que esto se solventaría si los países centrales receptores de jóvenes y que se benefician de la transferencia poblacional, estuvieran dispuestos a resarcir a los países expulsores por el bono demográfico perdido. Por desgracia ya sabemos cual será su respuesta.

En el ámbito de la economía formal, el problema se concreta en que, debido a la escasa creación de puestos de trabajo, la carga de alimentar los crecientes fondos de jubilación recae sobre un sector ocupado menguante y mal pagado. En esta perspectiva, el desempleo y la migración forzada de los jóvenes resulta financieramente suicida, pues desfonda los sistemas institucionales de seguridad social.

Sin embargo, cuando la ventaja demográfica que se desperdicia es la juventud rural, el daño es mucho mayor, pues la migración prolongada y permanente de los jóvenes provenientes de familias campesinas desarticula estrategias de sobrevivencia ancestrales, de

perspectiva larga, y sustentadas desde siempre en la solidaridad intergeneracional. Compromiso con los que vendrán, por el que las comunidades pujantes y las familias jóvenes, que tienen una relación productores/consumidores alta, acumulan patrimonio productivo en previsión de tiempos menos propicios o simplemente con vistas al fatal envejecimiento.

Pero las estrategias rurales basadas en la solidaridad productiva transgeneracional se están erosionando aceleradamente. El empleo en consumo inmediato o en inversión patrimonial no productiva, de las remesas que envían los migrantes, es un comportamiento familiar entendible cuando no se vislumbran opciones para darle otro tipo de empleo. Sin embargo, constituye una derrota de la economía moral, pues a diferencia de las estrategias productivas que tienen por base la solidaridad entre las generaciones, la inversión de los excedentes en bienes de consumo duradero puede ser circunstancialmente gratificante, pero no es sostenible. Y la derrota no es sólo un golpe a la familia, es también un fracaso civilizatorio, pues lo que se desarticula es un paradigma asociado a estructuras económico-sociales de larga duración, que por centurias coexistieron con el capitalismo.

Va un ejemplo alarmante por la magnitud de sus cifras, pero que en diferente escala se reproduce en muchos países: alrededor de 730 millones de chinos son campesinos y unos 230 millones son *mingongs*: migrantes internos provenientes del agro y que trabajan en las ciudades. En versión optimista del sinólogo francés Claude Aubert, 60% de los ingresos de los campesinos chinos proviene de las remesas que les envían los migrantes; en la evaluación pesimista del experto Tong Dahuan, la dependencia es del 90%. Pero, en cualquiera de los dos casos, es claro que una parte importante de los antiguos productores rurales de ese país se está volviendo puramente consumidora. Ahora bien, debido a los efectos en China de la crisis económica global, los *mingongs* están volviendo a sus aldeas: 300 millones lo hicieron entre septiembre y octubre de 2008, en la provincia de Hubei, y se espera que durante 2009 regresarán 2.5 millones, sólo en la provincia de Hunan. Por lo visto, el repliegue a la comunidad sigue vigente como estrategia de sobrevivencia, ¿seguirá funcionando—o podrá reactivarse—la economía campesina que debía soportarla? Y el asunto es grave pues, según Dahuan,

cuando uno de cada diez migrantes regresa al campo, 70 millones de personas quedan sin ingreso.²⁶

La renuncia de muchos gobiernos periféricos de inspiración mercadócrata a ejercer la soberanía laboral, entendida ésta como adopción de políticas públicas orientadas a propiciar el pleno empleo, lo que a su vez supone la decisión de proteger y apoyar las actividades social y ambientalmente necesarias, sean o no económicamente competitivas, atenta claramente contra el derecho al trabajo digno y remunerativo que tienen quienes quedan desocupados o se ven obligados a migrar. Pero dejar que el mercado decida cuántos trabajan y cuántos no, es también una estrategia económicamente insostenible por cuanto desatiende los compromisos transgeneracionales que permiten la reproducción social en perspectiva de mediano y largo plazos. El empleo eficiente de la capacidad laboral, el desarrollo de patrimonio productivo y el ahorro social son cuestiones que no pueden dejarse al arbitrio del mercado, pues hacerlo es heredar una bomba de tiempo a las generaciones futuras.

CRISIS DE CRISIS

El agrocidio manifiesto en el desfondamiento poblacional de las comunidades rústicas, es tan grave como el ecocidio evidenciado en la pérdida de recursos naturales. La erosión que ejerce la lógica lucrativa del sistema –en un caso sobre la sociedad y en el otro sobre la naturaleza– destruye sistemas de reproducción complejos y más o menos estables enfilándonos hacia una crisis socioecológica de grandes proporciones. Y la combinación de estas tensiones con el progresivo agotamiento del petróleo y con una colosal crisis económica, nos coloca en una encrucijada civilizatoria inédita por cuanto la debacle es sistémica y global como ninguna otra.

A fines de 2008, por los ramalazos de la debacle financiera, se desplomaron las cotizaciones del petróleo, los precios de los alimentos dejaron de crecer y algunos pensaron que la recesión económica tendría el loable efecto de desactivar las crisis energética y

²⁶ Aubert y Dahuan, citados por Alberto Brunat, “El fin del milagro”, revista *Proceso*, núm. 1677, México, 21 de diciembre de 2008.

alimentaria, y hasta la medioambiental, pues la desaceleración de la actividad productiva reduciría también la emisión de contaminantes. No hay tal. Más bien es lo contrario: las condiciones para enfrentar la múltiple emergencia con medidas convencionales son hoy más desfavorables que antes del descalabro de la economía global. Lo que no significa que no hay nada que hacer sino que habrá que emplear remedios no convencionales.

Un ejemplo. En tiempos de energía cara y restricciones ambientales, resulta cuesta arriba para los países periféricos “despegar” económicamente siguiendo el camino que los países centrales recorrieron cuando el petróleo era barato y el daño ecológico no se percibía. Lo que no nos condena al “atraso” sino que pone en cuestión la idea misma de que los males del “subdesarrollo” se curan expandiendo la economía conforme al modelo clásico: urbanización, desruralización, industrialización y “tercerización”, con sus inevitables saldos de dolor humano, daño ambiental y contaminación. Y, de la misma manera, el que las medidas para hacer menos virulento el cambio climático enfrenten problemas debido a la astringencia financiera, no quiere decir que deban posponerse, al contrario, significa que es urgente un gran viraje sistémico, pues la conversión energética demanda o mucho dinero fiscal para hacer suave el aterrizaje del empresariado, obligado ahora sí a interiorizar los costos ambientales, o una dramática mudanza de paradigmas que nos libre por fin de la penosa obligación de compatibilizar los esfuerzos por salvar a la humanidad con la preservación de las sacrosantas ganancias capitalistas.

En el fondo, la cuestión es quién pagará los platos rotos por un sistema joven pero insostenible, que en su corta vida hizo grandes estropicios socioambientales. Si el malcriado la libra con una reprimenda y sigue tal cual, los pagaremos nosotros, y además sin garantía de que el capitalismo no vuelva a las andadas. En cambio, si inventamos pronto otro modo de producir y de consumir donde las ganancias empresariales no sean la piedra de toque, es posible que el costo sea menor y no tan frecuentes en el futuro los desastres sociales y ambientales.

El problema está en que mientras las crisis ambiental, migratoria, energética y agrícola ponían el dedo sobre la insustentabilidad social y ambiental de un capitalismo empeñado en tratar como mercancías al hombre y la naturaleza, lo que apuntaba insoslayablemente

a la aplicación de medidas que mejoraran la deteriorada salud ambiental y atenuaran la inequidad social, la reciente debacle económica, producto del libertinaje financiero de las últimas décadas resultante de tratar al dinero como si fuera otra mercancía, apunta la aplicación de recetas orientadas a rescatar empresas y, en general, a salvar al capital de sus propios demonios, mientras que las reformas socioambientales, que estaban en la agenda apenas hace unos meses, se pospusieron o se cancelaron por falta de fondos. Al respecto, son alarmantes los conceptos expresados en el seminario “Medioambiente y desarrollo en los países del tercer mundo”, organizado por Greenacord en Viterbo, Italia, en diciembre de 2008, donde el ambientalista Juan Martínez Alier señaló que “el tema no es si hay dinero para remediar el ambiente, sino cómo evitar el daño ecológico [...] Si se habla de dinero para reparar los daños, la crisis económica lo hará más difícil”; mientras que Walden Bello, Premio Nobel Alternativo 2003, denunció que “la recesión puede ser una excusa para no reducir las emisiones de gases de efecto invernadero”.²⁷

Necesitamos paradigmas alternos, necesitamos jubilar al capitalismo y despedir a sus acólitos, necesitamos desguazar al “autómata animado” y fundir al “hombre de hierro”, necesitamos tomar el poder y reinventar el Estado, necesitamos zurcir el tejido social que traemos muy deshilachado. Y todo esto lo necesitamos, no para ser libres, sabios, opulentos y felices sino simplemente para seguir vivos. Dejémonos de prometer las perlas de la virgen al triunfo de la revolución; lo inmediato es parar el “molino satánico” desbocado, después, ya veremos.

Digámoslo con las palabras de Walter Benjamin, escritas en 1939-1940, durante una crisis no mucho peor que la que padecemos ahora: “Marx dice que las revoluciones son la locomotora de la historia mundial. Pero tal vez se trata de algo por completo diferente. Tal vez las revoluciones son el manotazo hacia el freno de emergencia que da el género humano que viaja en ese tren”.²⁸

²⁷ Angélica Enciso, “Crisis mundial, excusa de potencias para incumplir pactos ambientales”, *La Jornada*, México, 30 de diciembre de 2008.

²⁸ Walter Benjamin, *Tesis sobre la historia y otros fragmentos*, Itaca/Universidad Autónoma de la Ciudad de México, México, 2008, p. 70.

¿UN PARADIGMA ALTERNATIVO?

Es urgente relevar al fracasado paradigma mercadócrata, un modelo civilizatorio que mientras prometía abundancia nos llevaba a un mundo de penuria socioambiental sin precedentes donde todo es escaso, empezando por el espacio y el tiempo. Pero la tarea no es fácil, pues durante el siglo XX el repuesto que teníamos –el socialismo– pasó de gran ilusión a siniestra pesadilla, entre otras cosas porque el sistema que debía librarnos de la dictadura de la economía y del Estado resultó un estatismo economicista, quizá menos inicuo pero sin duda tan férreo como el del capital.

Propongo, entonces, que en vez de mirar obsesivamente hacia delante buscando en el futuro una utopía más habitable, volvamos los ojos al pasado. O, más bien, a un presente que no ha renunciado al pasado, que –a diferencia de los inhóspitos órdenes civilizatorios de la Modernidad– no ha vendido su alma al Progreso, no ha fetichizado el Futuro, no trabaja para la Historia, simplemente la resiste.

Aquí, entre nosotros, hay hombres que aspiran a prevenir la escasez y seguir ampliando sus saberes, pero que no lo apuestan todo a un mentido porvenir de certezas absolutas y abundancia plena. Hombres que a fuerza de ser premodernos devinieron posmodernos en sentido estricto. Hombres que a pesar de no tener reservaciones en el hotel de las fracasadas Arcadias tecnocráticas y prometéicas, o quizá por ello, resultaron portadores de una modesta utopía de repuesto. No los planos de un nuevo orden a edificar en todas partes a golpes e ingeniería societaria, sino algo más valioso aunque menos espectacular: modos amables de vivir basados en paradigmas rudos y añejos pero probados. En ellos no encontraremos recetas; encontraremos, quizá, inspiración.

La idea de que la escasez es consustancial a la naturaleza humana y de que pueden pergeñarse utopías positivas sin presuponer abundancia, no es sostenida sólo por filósofos sofisticados y transgresores, como Jean-Paul Sartre,²⁹ es también convicción acendrada de mucha gente del común y componente sustantivo de la cosmovisión de un actor social que siendo nuestro riguroso contemporáneo no comparte el

²⁹ Jean-Paul Sartre, *Crítica de la razón dialéctica*, Losada, Buenos Aires, 1963.

paradigma de progreso ni en su versión capitalista ni en su versión socialista.

Me refiero al campesinado, o cuando menos a la versión que tengo de él, a la que confeccionaron algunos sociólogos y antropólogos “campesinistas” y, sobre todo, a la imagen entrañable que nos transmite John Berger, crítico literario, icononauta, ensayista político y novelista que hacia 1960 decidió compartir la vida de los granjeros y pastores de una pequeña comunidad de la Alta Saboya y dar cuenta de ese mundo remontado en la trilogía titulada *De sus fatigas*.

El que haya nichos socioculturales donde no se comulga con el progreso y la opulencia como emblemas de modernidad que dan sentido a la historia, remite a otra cuestión: las modalidades que adopta el dominio de los sistemas civilizatorios y la combinación de interioridad y exterioridad con que esta preeminencia es vivida por ciertos actores sociales.

Es común que el pensamiento crítico enfatice la omnipresencia del hombre de hierro, que impregna de inercias perversas hasta el último rincón de la producción y el consumo, de la vida pública y la vida privada, del mundo exterior y el mundo interior, de la vigilia y el sueño. Pero una cosa es reconocer su omnipresencia y otra postular su omnipotencia. El “autómata animado” nos acosa por todos lados, cierto, pero el “hombre de carne y hueso” es imbatible, la humanidad profunda resiste y persiste. Y si es un error táctico subestimar la alienación, absolutizarla es un error estratégico.

Bajo las sucesivas capas de modernidad depositadas desde hace más de 200 años por la incontenible economización del mundo comúnmente llamada progreso, subyace una humanidad profunda que no sólo preserva sus maneras solidarias de compartir, sus modos creativos de hacer y sus formas holistas de pensar sino que las actualiza y acrecienta. Más extendida de lo que se piensa y con una historia bastante mayor que la del capitalismo, la humanidad profunda es una inmensa ballena atrapada en la somera red del gran dinero, un coloso fraterno maniatado por frágiles cordeles mercantiles.

Porque el capitalismo es, ante todo, un pasmoso engaño; la obra de un prodigioso embaucador, de un lenguaraz vendedor de ilusiones (personales, de ascenso social, y colectivas, de progreso y abundancia), promesas nunca verificables y siempre pospuestas cuya falta de sustancia parece no preocupar a los deslumbrados

seguidores del Hamelin librecambista. Ingente armazón con pies de barro, prodigio de hegemonía con escaso soporte material, el sistema del gran dinero es en verdad un tigre de papel. En cambio, la humanidad profunda somos todos, en los espacios y tiempos situados en los márgenes, en las zonas francas o, cuando menos, en los nudos flojos de las ataduras con que nos aprisiona el mercantilismo absoluto; ámbitos donde la universal inmersión en el capital es oblicua y ocurre en las aguas someras, en las orillas fangosas del gran dinero, lo que quizá la hace más insidiosa y turbia pero en cierto modo más manejable.

La humanidad profunda está aquí, dentro y alrededor de cada uno de nosotros. Aunque con frecuencia los fulgores y el estruendo del sistema no nos permitan verla, no nos dejen escucharla. Para reconocerla sin lugar a dudas, la tendremos que ir a buscar, entonces, a las rendijas, a los rincones, a los territorios apartados del bramido urbano-fabril, del barullo librecambista. Y uno de estos reductos de humanidad profunda, aún discernible a simple vista, es la porción campesina –a veces indígena– del mundo rural.

Ni dulce, ni apacible, ni tersa, ni perfumada la comunidad agraria está lejos de ser un edén. Es, en cambio, una utopía en sentido estricto, un no-lugar, un punto ciego del sistema, un sitio donde no imperan del todo los principios de la economía codiciosa, únicos que desde la óptica del gran dinero hacen la realidad inteligible y por tanto plenamente real. Para nosotros, en cambio, el ethos campesino-indígena es la oportunidad de experimentar de bulto un mundo otro, no necesariamente mejor que el reino del costo beneficio, pero sin duda plausiblemente distinto y por ello provocativo, sugerente, inspirador.

Hay que cuidarse de idealizar la socialidad campesina (al modo de Rousseau, que veía en los “salvajes” a la “juventud del mundo” de la que no debimos salir) sólo porque en él están ausentes ciertos rasgos particularmente odiosos del nuestro. Otredad subversiva que puede ser empleada validamente para fines contestatarios, pero que no debe ocultarnos las insuficiencias y desgarramientos de un ethos que, además, nunca ha sido un sistema-mundo pues por milenios estuvo subsumido en órdenes mayores. Utopizar a la comunidad agraria soslayando sus íntimos demonios es, en el fondo, una modalidad del etnocentrismo.

No estoy, pues, proponiendo campesinizarnos sino mirarnos en el espejo de estos otros entrañables que aún traen su condición humana a flor de piel; discernir en ellos las señas de identidad de la humanidad profunda, que nos permitan reconocerla en los muchos otros ámbitos donde, aunque más entreverado con la lógica del capital, el “hombre de carne-hueso” también existe y resiste: el mundo doméstico, el vecindario, la comunidad, la solidaridad en los desastres, los colectivos de trabajo, los movimientos sociales, ciertas organizaciones civiles y societarias, la polémica civilizada, la creación y el disfrute del arte, el tianguis, la fiesta, el deporte llanero, la amistad, el amor... Ámbitos, todos, donde de manera fugaz o perdurable el sujeto recobra su preeminencia sobre el objeto, donde la libertad puede más que la inercia, donde el hacer se impone sobre el ser y sobre el tener, donde la calidad triunfa sobre la cantidad y el uso sobre el código de barras. El extrañamiento sigue ahí, ciertamente, pero como amenaza, como riesgo a controlar; no como omnipotente “hombre de hierro” sino como inercia interiorizada, propensión a la rutina, ganas de joder al prójimo, tendencia a reificar. Nada que no pueda ser resistido, exorcizado, controlado.

Y al percatarnos de que las utopías hechas a mano existen aquí y ahora, de que la humanidad profunda somos nosotros, resultará más fácil identificar y hostigar al enemigo, ubicar, constreñir y a la postre desganzar por completo al “autómata animado” que nos atosiga desde hace ya demasiado tiempo.

El mundo campesino no es una isla. El multiforme esfuerzo de las familias rurales genera excedentes que mediante una serie de disparejos intercambios van a dar a las cuentas bancarias del capital, los bienes resultantes de la diversificada actividad de los pequeños y medianos productores del agro se subordinan a los requerimientos del agronegocio y, lo que es peor, muchos campesinos seducidos por los cantos de sirena de la llamada Revolución Verde incorporaron un “paquete tecnológico” emponzoñado que carcome desde dentro su tradicional racionalidad productiva, sus saberes ancestrales, su fraternal dominio sobre los medios de trabajo y su proverbialmente armoniosa relación con la naturaleza. Los campesinos están sumidos en el régimen del mercantilismo absoluto, como lo estuvieron en el orden feudal y en los diferentes sistemas tributarios. Pero, raídos, desollados, machucados los agrestes preservan en su centro la nuez

que es también la semilla; a pesar de los pesares, los campesinos siguen siendo campesinos.

Sin tiempo para desarrollar una fenomenología y sin ganas de pergeñar una encorsetada definición, intentaré una suerte de iluminaciones que lampareen algunos rasgos para mí memorables del sujeto rural.

Cuando digo campesino no pienso en un individuo ni en una familia, pienso en un colectivo, un tipo de socialidad. El campesino no es el pequeño agricultor cuya racionalidad socioeconómica hemos pretendido desentrañar quienes nos ocupamos de la unidad de producción doméstica.³⁰ Sin duda el labriego es campesino, pero también lo son el jornalero, el artesano, el tendero, la fondera, el de las talachas, el maestro, el cura, la que atiende el café internet, el migrante que regresa periódicamente pues nunca se fue del todo y, más recientemente, el obrero de las pequeñas agroindustrias, el chofer, el técnico, el contador, el ingeniero y todos aquellos que participan en las empresas asociativas rurales. El campesino tiene muchas caras, que además son cambiantes pues la estabilidad socioeconómica de los trabajadores rurales es siempre precaria y con frecuencia deben mudar de estrategia.

Como todos en este mundo, las comunidades agrarias y sus integrantes trajinan en el mercado y con frecuencia sopesan los costos y beneficios monetarios de sus proyectos. Pero aunque algunos tengan un cierto capital, su punto de partida no es este valor económico acumulado sino sus capacidades como patrimonio y su trabajo como fuente de vida. Casi todos laboramos y todos consumimos, pero en el caso del campesino continúa una relación directa esfuerzo-satisfacción y por tanto un equilibrio subjetivamente establecido entre ambos. Finalmente, para los agrestes la naturaleza viviente –doméstica o desmelenada– es una experiencia cotidiana; la simbiosis, el metabolismo naturaleza-sociedad que muchos perdimos de vista y sólo recordamos cuando las catástrofes nos informan que lo echamos a perder, son cosa de todos los días en las comunidades rurales.

Estos últimos tres rasgos: capacidades como patrimonio, relación directa esfuerzo-consumo y vínculo inmediato con la naturaleza se

³⁰ Armando Bartra, *El capital en su laberinto. De la renta de la tierra a la renta de la vida*, Itaca/UACM/CEDRSSA, México, 2006, pp. 177-382.

expresan en el hecho trascendente de que el mundo campesino aún come lo que produce. No satanizo los intercambios remotos ni se me oculta el peso creciente que en términos monetarios tienen los bienes de fábrica en el mundo rural, pero aunque muchos rústicos no siembren ni cosechen, todo hombre de campo ha pasado junto a la milpa donde se cultivan el maíz de las tortillas, el frijol de la olla, el picante para la salsa, la calabaza para el dulce; conoce a la gallina que puso el huevo que almorzó; recuerda los chillidos premonitorios del puerco cuyo chicharrón en salsa verde saborea; sabe que ya salió el pan del horno porque lo huele en el aire; y aunque no viva de la agricultura sino del comercio o de otros servicios se basa en las cabañuelas para hacer previsiones sobre el clima del año y se preocupa por los veranitos prolongados o las lluvias torrenciales que anuncian tiempos malos para todos, labradores o no.

Los campesinos practican una intensa y extensa vida social porque habitan pueblos que, pequeños o grandes, siguen siendo colectividades y no las anónimas máquinas de vivir que resultaron para algunos las ciudades. Esto significa que, en su caso, las relaciones personales no son lujo sino parte esencial de las estrategias de sobrevivencia que sustentan la vida cotidiana y que en momentos de emergencia familiar o colectiva operan como redes de protección.

Más o menos de este modo veo el orden campesino en su conformación como mundo exterior, en cuanto a su mundo interno dejaré hablar a Berger que los conoce mejor:

El campesino ve la vida como un interludio debido al movimiento dual, opuesto en el tiempo, de sus ideas y sus sentimientos, movimiento que a su vez deriva de la naturaleza dual de su economía (tributar al sistema y producir subsistencia). Sueña con volver a una vida sin (cargas impuestas). Está decidido a transmitir a sus hijos los medios para sobrevivir [...] Sus ideales se sitúan en el pasado; sus obligaciones son para un futuro que él mismo no vivirá para ver. Tras su muerte, no será transportado al futuro: su noción de inmortalidad es diferente: volverá al pasado. Estos dos movimientos, hacia el pasado y hacia el futuro, no son tan opuestos como pudiera parecer a primera vista, porque básicamente el campesino tiene una visión cíclica del tiempo. Quienes tienen una visión del tiempo unidireccional no admiten la idea del tiempo cíclico: les da vértigo moral [...] Quienes tienen una visión cíclica del tiempo no tienen gran inconveniente en

aceptar la convención del tiempo histórico, que no es sino la huella de la rueda que gira.³¹

Esta visión circular del tiempo (propia, dicen, de sociedades, “arcaicas”, “primitivas”, “tradicionales”) coloca a los campesinos del lado de los “pueblos sin historia”. Y, por si fuera poco, los rústicos son irremisiblemente conservadores:

Los campesinos conviven cada hora, cada día, cada año, con el cambio, de generación en generación. En sus vidas apenas hay otra constante que la constante necesidad de trabajo. Crean sus propios rituales, rutinas y hábitos en torno al trabajo a fin de arrebatar cierto significado y continuidad al ciclo implacable del cambio [...] La inmensa variedad de las rutinas y de los rituales vinculados al trabajo y a las diferentes fases de la vida (nacimiento, matrimonio y muerte) constituye la protección del campesino frente a un estado de fluir incesante [...] La repetición, sin embargo, es sólo y esencialmente formal [...] El campesino está continuamente improvisando [...] Cuando un campesino se resiste a la introducción de nuevas técnicas o métodos de trabajo, no lo hace porque no vea sus posibles ventajas [...] sino porque cree que estas ventajas, dada la naturaleza de las cosas, no pueden estar garantizadas y si fallaran, él se vería solo, aislado, desgajado de la rutina de la supervivencia [...] El conservadurismo campesino [...] no tiene nada que ver con el conservadurismo de la clase dirigente privilegiada [...] No es un conservadurismo del poder, sino del significado. Representa un almacén (un granero) de significado preservado de la amenaza que supone para las vidas y generaciones el cambio continuo e inexorable.³²

Cabe preguntarse quién inventó esta historia y este progresismo, frente a los cuales los campesinos aparecen como conservadores irredentos y como arcaicos cultores del mito del eterno retorno.

Según Mircea Eliade,³³ en las sociedades tradicionales que necesitan protegerse de lo que el devenir tiene de inesperado y por tanto de amenazante, el acontecer actual se hace manejable y cobra sentido trascendente por cuanto se cree que repite un pasado mitificado. Así las cosas, pareciera que donde impera el

³¹ John Berger, *Puerca tierra*, Alfaguara, Madrid, 2006, p. 240.

³² *Ibid.*, pp. 248-249.

³³ Mircea Eliade, *El mito del eterno retorno*, Alianza/Emecé, Madrid, 1982.

tiempo circular los pueblos no tienen historia. Pero lo cierto es que la proverbial inventora de la Historia con mayúscula, la civilización del progreso como ascenso perpetuo, no sólo se desembaraza del pasado al que considera un lastre, también hace del futuro mitificado un fetiche legitimador de los sufrimientos presentes padecidos en su nombre. Entonces, donde impera el tiempo lineal los pueblos están condenados a trabajar para la Historia.

Y en el tercer milenio las cosas continúan igual. En las metrópolis opulentas algunos podrán pensar que al haberse cumplido en ellos las promesas de la modernidad, por fin concluyó la historia. Pero para las mayorías harapientas, el mundo del progreso sigue siendo un “valle de lágrimas”, un páramo al que venimos a sufrir las penurias necesarias para que, algún día y si hemos sido buenos y obedientes del FMI, podamos acceder a la tierra prometida, al orden de la libertad y de la abundancia, a la sociedad opulenta global.

Es verdad que el socialismo cuestionó agudamente el paradigma capitalista de modernidad, pero no se desmarcó del ideal de modernización, manteniéndose dentro de la visión lineal y fatalista del devenir propia de la civilización del progreso. Y así, durante el siglo XX los pueblos siguieron trabajando para la Historia, tanto en las democracias y dictaduras occidentales como en el socialismo real. El muy enérgico y plausible impulso justiciero de los ofendidos y explotados derrocó dictaduras, abolió privilegios, incautó propiedades pero seguimos atrapados en una visión milenarista del porvenir; creyendo que hacíamos historia seguimos trabajando para la Historia.

Si los relatos de un avecindado en la Alta Saboya dan cuenta de la campesineidad, es de justicia que tomemos de las novelas del casi newyorkino Paul Auster, una buena metáfora del progreso:

Babel iba a ser un ejemplo que simbolizase la universalidad [del] poder. Esta era la visión prometéica de la historia [...] La construcción de la torre se convirtió en la obsesiva y arrolladora pasión de la humanidad, más importante finalmente que la vida misma. Los ladrillos se volvieron más valiosos que las personas [...] Había tres grupos diferentes ocupados en la construcción: los que deseaban morar en el cielo, los que deseaban hacerle la guerra a Dios y los que deseaban adorar a los ídolos (los tres) estaban unidos en sus esfuerzos.³⁴

³⁴ Paul Auster, *Trilogía de Nueva York*, Anagrama, Barcelona, 2008, p. 52.

Explicable en un grupo social que por milenios ha vivido en las entrañas de diversos monstruos, resistiendo amenazas y exacciones de toda índole, entendible como una cultura de sobrevivientes, la cosmovisión campesina apuesta por un pasado mítico que dota de sentido a los siempre precarios presentes, no es el nuevo paradigma a adoptar ni el pensamiento correcto del día. Es, sí, un eficaz revulsivo intelectual y moral, un poderoso antídoto contra el discurso y las promesas del progreso sustentados en el triunfo definitivo de la ciencia sobre la ignorancia y de la abundancia sobre la escasez.

Regresemos a Berger:

Todas las revueltas campesinas espontáneas han tenido como objetivo la restauración de una sociedad campesina justa e igualitaria. Este sueño no es la visión usual del sueño del paraíso. El paraíso, tal como hoy lo entendemos, fue seguramente la invención de una clase relativamente desocupada. En el sueño campesino, el trabajo no deja de ser necesario. El trabajo es la condición de la igualdad. Los ideales de igualdad marxista y burgués presuponen un mundo de abundancia; exigen la igualdad de derechos para todos delante de una cornucopia; la cornucopia que construirán la ciencia y el desarrollo del conocimiento. Lo que cada uno de ellos entiende por igualdad de derechos es, por supuesto, muy diferente. El ideal campesino de igualdad reconoce un mundo de escasez, y su promesa es la de una ayuda mutua fraternal en la lucha contra ésta y un reparto justo del producto del trabajo. Estrechamente relacionado con su aceptación de la escasez (en tanto que superviviente), se encuentra su reconocimiento de la relativa ignorancia del hombre, puede admirar el saber y los frutos de este, pero nunca supone que el avance del conocimiento reduzca en modo alguno la extensión de lo desconocido. Esta relación no antagonista entre lo desconocido y el saber explica por qué parte de su conocimiento se acomoda a lo que, desde fuera, se define como superstición o magia. No hay nada en su experiencia que lo lleve a creer en las causas finales, precisamente porque su experiencia es tan amplia. Lo desconocido sólo se puede eliminar dentro de los límites de un experimento de laboratorio. Unos límites que a él le parecen ingenuos.³⁵

No postulo al campesinado como la nueva “clase dirigente” en sustitución del muy disminuido proletariado, ni veo un porvenir campesino para todos; tampoco ellos imaginan así las cosas. Pero,

³⁵ John Berger, *Puerca tierra*, op. cit., pp. 241-242.

ciertamente, no quisiera un mundo sin campesinos, un mundo sin memoria, un mundo sin raíces. Creo que la historia debe ser construida, no exorcizada ni tampoco fetichizada. Pero, hoy por hoy, el verdadero peligro no está en la nueva capacidad seductora del tiempo circular campesino-indígena, sino en que el orden del gran dinero nos está dejando sin futuro y sin pasado.